

crementos se saca utilidad; pues la sal amoniaca se hace de su orina, y su estiércol, seco y pulverizado, les sirve de cama (1) como tambien á los caballos con los cuales viajan muchas veces, en paises en que no hay paja ni heno; y finalmente, del mismo estiércol se forma cierta especie de tortas que arden fácilmente (2), y dan una llama tan clara y casi tan viva como la de la leña seca; lo cual es tambien socorro en aquellos desiertos en que no se vé arbol alguno, y donde por falta de materias combustibles, es tan raro el fuego como el agua.

EL BÚFALO,

EL BONASO, EL URO, EL BISONTE Y EL ZEBU.

El búfalo, aunque comun actualmente en Grecia, y doméstico en Italia, no fué conocido de los griegos, ni de los romanos, pues nunca hubo en los idiomas de aquellos pueblos voz que le significase. La misma palabra *búfalo* indica ser de origen estrangero, y no tiene su raiz en la lengua latina, ni en la griega: en efecto, este animal es originario de los paises mas

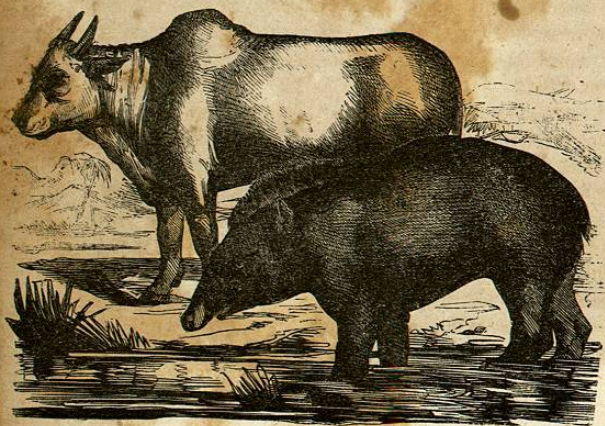
(1) Para cama se les prepara su propio estiércol, el cual se deja para este fin espuesto al sol todo el dia, y de tal modo se seca, que casi se reduce á polvo: por la noche se cuida de estenderle con mucho aseo, ó igualdad; pero esto no se puede practicar entre nosotros á causa de las pajas largas que hay mezcladas con él.

(2) El estiércol de los camellos de algunas caravanas que nos habian precedido, nos servia ordinariamente para guisar la comida, porque despues de haber estado al sol uno ó dos dias, se enciende como yesca, y dá una llama tan clara y tan activa como el carbon de leña.



El Bizonte.

El Búfalo.



El Zebú.

El Tapir.

ardientes de Africa y de la India, y no fué trasportado á Italia, y naturalizado en ella hasta cerca del siglo VII. Los modernos le han aplicado indebidamente el nombre de búbalus, que en griego y en latin indica á la verdad un animal de Africa, pero muy diferente del búfalo, como es fácil demostrarlo por los pasages de los autores antiguos. Si la voz búbalus se hubiese de aplicar á algun género, pertenecería mas bien al de la gacela, que al del buey ó al del búfalo.

En órden á este animal he recibido de Roma excelentes noticias de parte de monseñor Caetani. Este ilustre prelado observa que Roberto Esteban, en el *Thesaurus linguæ latinæ*, hace mencion de dos voces derivadas del griego, por las cuales se ve que los bueyes, en cuyo género están comprendidos los búfalos, se nombraban con un nombre casi semejante á la palabra italiana *buphalo*: *bupharus dicitur terra, que arari facile potest, nam pharos aratio est, sed et bovis epitheton*. El mismo Esteban dice, que la voz *bupharus* era el epiteto que daban á Hércules, porque comia bueyes enteros. Todos tienen noticia de la célebre fiesta de los atenienses, llamada *buphonia*, que se celebraba despues de los misterios, inmolando un buey, con cuyo sacrificio de tal modo se daba fin á toda matanza, que se desterraba hasta el cuchillo que habia servido para dar muerte al buey sacrificado; y nadie ignora que los griegos mudaban la letra *n* en *l* como la voz griega *nabu* en *labu*. Herodoto usa de la voz *labuniusus*, que Boroso escribe *nabuniusus*, como nos lo enseñan Escaligero, de *Emendatione temporum*, cap. VI, y los fragmentos de Beroso. Del mismo modo, la voz griega *mneymon* se muda en *mleymon*, sobre lo cual se puede consultar á Pitisco, *Lexicon*, litt. *n*: de donde se debe inferir que la voz *buphonia* se podia escribir y pronunciar en griego *bupholia*. Pi-

isco, *Lexicon antiquit. Rom. litt. l.*, dice que los romanos usaron muchas veces de la letra *l* en lugar de la *r*, á causa de la pronunciacion mas suave de la primera, por lo cual Calpurnio, en el verso 39 de su primera égloga pone *flaxinea* en lugar de *fraxinea*; y es muy probable que para esta mudanza se valiese de la autoridad de manuscritos antiguos. El mismo Pitisco dice tambien que Bochart, en su geografia, recopiló gran número de egemplos de esta mudanza de la *r* en *l*; y finalmente, Moreri, en su diccionario, letra *r* dice claramente que la letra *r* se convierte en *l* como *Capella*, de *Caper*. A vista de todas estas autoridades, es difícil dejar de creer que la palabra *bupharus* no sea la misma que *buphalus*; de donde se deduce que esta voz tiene su raiz en la lengua griega.

En cuanto á los latinos, vemos en Escaligero, de *causis lingue latine*, que hubo tiempo en que, en vez de la letra *f* se escribia y pronunciaba *b*, como *bruges*, por *fruges*: tambien en Ciceron se encuentra *fremo*, que viene del griego *bremo*; y finalmente Nonio Marcelo, de *Docturum indagine*, pone *siphilum* por *sibillum*: de que se infiere que los latinos pudieron con bastante motivo nombrar á este animal *bubalus*, de cuya voz sacó Aldrovando *buffelus*, y los italianos *búfalo*. La lengua italiana está llena de voces latinas corrompidas, y muchas veces ha convertido en *f* la *b* de los latinos, como en *bilfoco* de *bibulcus*, y *tartufo* de *tubera*; segun lo cual, *búfalo* viene de *bubalus* y, como queda demostrado, *búfalus* no es otra cosa que el *bupharus*; lo que es prueba de que la voz *búfalo* tiene su raiz en las lenguas griega y latina.

Monseñor Caetani, añade nuevas pruebas, ó á lo menos nuevas conjeturas sobre la antigüedad de los búfalos en Italia, y sobre el conocimiento que de ellos tenían los latinos, los griegos y hasta los judios; y como, aunque estas individualidades de erudición no

tienen relacion inmediata con la historia natural, pueden dar en ella algunas luces, así con este objeto como con el de manifestar mi gratitud al autor, he creído deber extractarlas aquí.

«Me persuado, dice monseñor Caetani, haber probado con las reflexiones precedentes, que el búfalo fué conocido de los griegos y de los latinos, y que su nombre tiene raiz en ambas lenguas; y en cuanto á la latina, todavía invoco á mi favor la autoridad de *Ducange*, el cual en su glosario dice en la voz *búbalus*, *bubalus*; *búfalus*, *búflus*, citando un verso del sétimo libro del cuarto poema de Venancio, obispo de Poitiers, célebre poeta del siglo V.

Seu validi bufali ser: t inter cornua campum.

«En cuanto á la voz *buffus*, es sacada de *Albertus Aquensis*, lib. 2.º, cap. 43., de Julio Scaligero, *Exercit.* 206, n. 3, y de Lindembrogio, *ad Ammiani*, lib. XXII, etc., como puede verse en *Ducange*. Es verdad que el siglo V no fué el de la bella latinidad, pero como aquí no se trata de la pureza y elegancia de la lengua, sino de un punto meramente gramatical, no deja de deducirse que este egemplo indica una grande analogia entre el *búbalus* de los latinos, el *búfalo* de los italianos y el *buffe* de los franceses, probándose aun mas formalmente esta analogia por un pasage de Plinio, en orden á la costumbre que tenían los judios de comer berza con la carne de búfalo.

«Ultimamente, es fácil demostrar que el conocimiento que se tiene del búfalo, sube á una época mucho mas remota. Todos los intérpretes, y los comentadores hebreos concuerdan en decir que en el mismo Pentatéuco se hace mencion del búfalo. Segun ellos la voz *jachmur* significa *búfalo*. Los Setenta, en el Deuteronomio, dan la misma interpretacion poniendo

por equivalente de la voz *jachmur* la de *bubalus*; y además ha sido tradición constante, entre los hebreos que *jachmur* era el búfalo; sobre lo cual se puede ver la versión italiana de la Biblia, por Deodati, y la de Antonio Brucioli, que precedió á Deodati... Otra prueba de que los judíos tuvieron conocimiento del búfalo en todos tiempos es, que en el libro tercero de los Reyes, cap. IV, vers. 22 y 23, se dice que se ponía búfalo en la mesa de Salomón; y en efecto, esta era una de las carnes prescritas por la legislación de los judíos, y su uso subsiste aun entre ellos... Los judíos, como lo dice muy bien Mr. de Buffon, son los únicos que en Roma acostumbran matar búfalo en sus carnicerías; pero es de notar que casi nunca le comen sino sazónándole con berzas, y señaladamente el día de su año nuevo, que siempre cae en setiembre ú octubre, y cuya solemnidad les estaba ordenada en el cap. 12 del Exodo, vers. 14... Plinio lo dijo espresamente: *carnes bubalas, additi caules, magno ligni compendio percoquant*, lib. 23, cap. 7. Este texto es terminante; y contrayéndole al uso constante y perpétuo de los judíos, no cabe duda en que Plinio quiso hablar del búfalo. Esta costumbre de los judíos de Roma dá mucha fuerza á esta observación, por ser incontestablemente sus familias las más antiguas de esta capital, no habiendo salido de Roma desde el tiempo de Tito hasta el presente, y habitando todavía el mismo barrio, en que según Juvenal, vivían antiguamente. Los mismos judíos han conservado con el mayor esmero sus usos y costumbres; y en cuanto á sazonar la carne de búfalo con berzas, quizá la razón ha contribuido tanto como la superstición. La berza en hebreo se llama *cherub*, voz que significa también *multiplicación*; y habiéndoles hecho imaginar este doble sentido que la berza era favorable para tener numerosa posteridad, han agregado esta hortaliza á su primer banquete anual, to-

mándola por indicio favorable para crecer y multiplicar, según el pasaje del Génesis.

Además de las pruebas literales, que manifiestan haber sido conocido el búfalo desde tiempos muy remotos, se puede evidenciar lo mismo con monumentos auténticos. Es verdad que estos monumentos son raros; pero consiste sin duda en el desprecio con que los griegos, según nos dice Herodoto, miraban las supersticiones egipcias, el cual no permitió á los artífices griegos emplear su talento en esculpir éfigies de una divinidad tan fea y vil á sus ojos como lo era un buey ó un búfalo. Los latinos, serviles imitadores de los griegos, no hallando modelos de este animal, le descuidaron igualmente; de suerte que son rarísimos los monumentos en que se vé representado: pero su corto número basta para probar la antigua existencia del búfalo en estos países. Yo poseo una cabeza antigua de búfalo, encontrada recientemente en una escavación hecha en la casa de campo del emperador Adriano, en Tivoli, la cual es un monumento muy precioso, así por ser el único de su especie que hay en Roma, como por el primor de la escultura. Es verdad que no se sabe haya otro monumento antiguo que represente al búfalo, ni medalla en que se halle su figura, sin embargo de haber muchas en que se ven figurados varios animales.

«Tal vez objetará Mr. de Buffon que este pedazo de escultura sería copiado por algún búfalo de Egipto ó de cualquiera otro país, y no de Roma ni de Italia; pero, aun suponiendo este hecho, del cual no pueden darse pruebas en pro ni en contra, siempre resultará, que los romanos no colocarían la cabeza de búfalo en una soberbia casa de campo del emperador sin haber dádola nombre, y que por consiguiente tuvieron conocimiento de aquel animal.

«La cabeza de que se trata es tan perfectamente

regular, que parece haber sido modelada por una cabeza natural de búfalo, del modo que nos dice la historia modelaban los egipcios sus estatuas por los mismos cadáveres.

«Finalmente, someto estas nuevas observaciones á las luces superiores de Mr. de Buffon; y aunque no me lisongeo de que cada una de mis pruebas sea decisiva, entiendo que el conjunto de ellas hace ver que el búfalo fué conocido de los antiguos: proposicion contraria á la del ilustre naturalista, á quien en esta parte no temo oponerme, esperando de su indulgencia que disculpará mi temeridad, y me permitirá hacerle presentes algunas particularidades concernientes al búfalo, que tal vez no habrán llegado á su noticia, y que no pueden ser indiferentes para un filósofo como Mr. de Buffon, que ha consagrado su vida á admirar y publicar las maravillas de la naturaleza.»

Belon, habiendo visto en el Cairo un buey pequeño con corcoba, diferente del búfalo y del buey ordinario, imaginó que aquel animal podía ser el *búbalus* de los antiguos; pero si hubiese comparado atentamente los caracteres atribuidos por los antiguos al *búbalus*, con los de aquel buey pequeño, le hubiera sido fácil conocer su error; y además, podemos hablar de esto con certeza, pues hemos visto vivo un pequeño buey de corcoba y habiendo comparado la descripción que hemos hecho de él con la de Belon, no podemos dudar que fuese el mismo animal. El año de 1752 se le mostraba en la feria de Paris con el nombre de zebú, el cual hemos adoptado para significar este animal, que es raza particular del buey y no especie de búfalo ú búfalo.

Aristóteles, haciendo mencion de los bueyes, no habla sino del buey comun, y solo dice que en el país de los *arcakotas* (en la India) hay bueyes silvestres

que difieren de los ordinarios y domésticos, como los jabalies difieren de los cerdos; pero en otro parage, que dejamos citados en las notas precedentes, pone la descripción de un buey silvestre de Peonia (provincia contigua á la Macedonia), al cual llaman *bonasus*; de suerte que el buey ordinario y el *bonasus* son los únicos animales de este género, indicados por Aristóteles: debiendo parecer extraño, que el *bonasus*, aunque ámpliamente descrito por aquel gran filósofo, no haya sido reconocido por ninguno de los naturalistas griegos ni latinos que han escrito despues de él, los cuales no han hecho mas que copiarle sobre este asunto, y que aun actualmente no se conozca sino solo el nombre del *bonasus*, sin saber á qué animal existente deba aplicarse. Con todo, si se reflexiona que Aristóteles, hablando de los bueyes silvestres del clima templado, solo ha indicado al *bonasus*, y que por el contrario los griegos y los latinos de los siglos posteriores no han hablado del *bonasus*, sino que han indicado aquellos bueyes silvestres bajo el nombre de *urus* y de *bisons*, parece hay motivo para creer que el bonaso debe ser uno ú otro de estos animales y efectivamente comparando lo que Aristóteles dice del *bonasus* con lo que nosotros conocemos del bisonte se verá ser mas que probable que estos dos nombres significan un mismo animal. Julio César fué el primero que habló del uro: Plinio y Pausanias fueron tambien los primeros que anunciaron al bisonte: desde el tiempo de Plinio se daba indiferentemente el nombre de *bubalus* al bisonte ó al uro: la confusion se fué aumentando con el tiempo: al *bonasus*, al *bubalus*, al uro y al bisonte se añadieron el *catopleba*, el *tur*, el *bubalus* de Belon, el bisonte de Escocia y el de América; y todos nuestros naturalistas hicieron otras tantas especies diferentes, cuantos fueron los nombres que encontraron. La verdad se halla en este

asunto tan cubierta de nubes, y cercada de tantos errores, que tal vez se me agradecerá haber emprendido aclarar esta parte de la historia natural, que parece se hallaba condenada á tinieblas eternas por la contrariedad de las autoridades, la variedad de las descripciones, la multiplicidad de los nombres, la diversidad de los países, la diferencia de las lenguas, y la obscuridad de los tiempos.

Empezaré por presentar el resultado de mi opinion, y despues daré las pruebas de ella.

1.º El animal que actualmente conocemos con el nombre de *búfalo*, no era conocido de los antiguos.

2.º El búfalo, doméstico al presente en Europa, es el mismo que el búfalo silvestre ó doméstico de Africa y de la India.

3.º El *bubalus* de los griegos y de los romanos no es el búfalo, ni el buey pequeño de Belon, sino el animal que los señores de la Academia de las Ciencias han descrito bajo el nombre de vaca de Berberia, al cual llamaremos *búbalo*.

4.º El buey pequeño de Belon, que hemos visto, y al cual darémos el nombre de zebú, no es mas que una variedad de la especie del buey.

5.º El *bonasus* de Aristóteles, es el mismo animal que el *bisonte* de los latinos.

6.º El bisonte de América pudiera muy bien traer su origen del bisonte de Europa.

7.º El uro es el mismo animal que nuestro toro comun, en su estado natural y silvestre.

8.º Finalmente, el bisonte no difiere del uro sino por variedades accidentales, y por consiguiente es como tambien el uro, de la misma especie que el buey doméstico; de suerte que creo poder reducir á tres todas las denominaciones, y todas las especies imaginadas por los naturalistas antiguos y moder-

nos, esto es, á las del *buey*, el *búfalo* y el *búbalo*.

No dudo que algunas de las proposiciones que acabo de sentar, parecerán paradojas, sobre todo á los que han trabajado en la nomenclatura de los animales, y procurado darnos listas de ellos: sin embargo, no hay en estas aserciones ninguna que no me halle en estado de probar; pero antes de entrar en las discusiones críticas que exige cada una de estas proposiciones en particular, voy á esponer las observaciones que me han guiado en este exámen, y que habiéndome dado luces á mí mismo, servirán igualmente de darlas á los demás.

Son muchos los motivos que ocasionan alguna variedad entre los animales domésticos y los silvestres: su naturaleza, tamaño y forma son menos constantes y mas espuestas á variedades, principalmente en las partes exteriores de sus cuerpos: la influencia del clima, que tiene tanto poder en toda la naturaleza, obra con mucha mas fuerza en los animales que se hallan cautivos, que en los libres: el alimento preparado por la mano del hombre, tal vez escaso y no bien escogido, junto con el rigor de un cielo extraño, producen con el tiempo alteraciones bastante profundas para hacerse constantes, perpetuándose por medio de las generaciones. No quiero decir que esta causa general de alteracion sea tan poderosa que pueda desnaturalizar esencialmente unos seres, cuyo sello es tan constante como el del molde de los animales, sino que los muda en cierto modo, los disfraza y los trasforma en lo exterior, suprimiendo ciertas partes, ó dándoles otras nuevas, pintándolos de varios colores, y por la accion que egerce sobre la disposicion del cuerpo, influyendo tambien sobre la índole, el instinto y las cualidades mas interiores. Una sola parte modificada, en un todo tan perfecto como el cuerpo de un animal, basta para que todo participe

efectivamente de esta alteracion; y esta es la causa de que nuestros animales domésticos difieran, casi tanto en la índole é instinto como en la figura, de aquellos de quienes traen su primer origen.

La oveja nos suministra un ejemplo notable de esta verdad. Esta especie, conforme existe en el dia, pereceria enteramente á nuestra vista, y en poquísimo tiempo, si el hombre dejase de cuidarla y defenderla: así tambien es muy diferente de sí misma, y muy inferior á su especie primitiva; pero para no hablar aqui sino de lo que hace á nuestro objeto, veremos las variedades acaecidas en los bueyes por los efectos diversos y diversamente combinados del clima, del alimento, y del método de vida en su estado de independenciam y en el de domesticidad.

La variedad mas general y mas notable en los bueyes domésticos, y aun en los silvestres ó montañeses, consiste en la especie de corcova que tienen en la espalda. A esta raza de bueyes con corcova han llamado *bisontes*, y se ha creído hasta ahora que los bisontes eran especie diferente de la de los bueyes comunes; pero como actualmente estamos seguros de que estos bueyes producen con los nuestros, y que la corcova se disminuye desde la primera generacion, y desaparece á la segunda ó tercera, es evidente que dicha corcova no es mas que un carácter accidental y variable, que no impide que el buey de corcova sea de la misma especie que el nuestro. A esto se añade haberse encontrado en otros tiempos, en las partes desiertas de Europa, bueyes silvestres, unos con corcova, y otros sin ella: de que parece se deduce que esta variedad existe en la naturaleza misma, y proviene de la abundancia y de la calidad mas sustanciosa del pasto y demas alimentos, pues hemos observado en los camellos, que cuando están flacos y mal alimentados, no les queda ni aun

la apariencia de corcova. El buey sin corcova se llama *urochs* y *turochs* en el idioma germano, y el buey silvestre con corcova se nombra *visen* en el mismo idioma. Los romanos, que no conocian uno ni otro de estos bueyes silvestres antes de haberlos visto en Germania, adoptaron estos nombres: de *urochs* hicieron *urus* y de *visen*, *bisons*, sin pasarles por la imaginacion que el buey silvestre descrito por Aristóteles, bajo el nombre de *bonasus*, podia ser uno ú otro de estos bueyes, cuyos nombres germanos acababan de latinizar y de grecizar.

Otra diferencia se halla entre el uro y el bisonte, y consiste en lo largo del pelo: el cuello, las espaldas y la papada en el bisonte están cubiertas de pelos muy largos, en vez de que en el uro todas estas partes solo están revestidas de un pelo bastante corto, y semejante al del cuerpo, á escepcion de la frente, que tiene guarnecida de un pelo encrespado; pero esta diferencia del pelo es todavía mas accidental que la de la corcova, y depende igualmente del alimento y del clima, como lo probaremos respecto de las cabras, los carneros, los perros, los gatos, los conejos, etc.; de suerte, que ni la corcova, ni la diferencia en la longitud y cantidad del pelo son caracteres específicos, sino simples variedades accidentales, que no dividen la unidad de la especie.

Otra variedad mas estensa que las dos referidas, y á la cual parece han dado unánimemente los naturalistas mas carácter del que merece, es la forma de los cuernos, sin reflexionar que en nuestro ganado doméstico, la figura, el tamaño, la posicion, la direccion, y aun el número de los cuernos varian tanto, que sería imposible decidir, en esta parte, cuál es el verdadero modelo de la naturaleza. Vemos vacas, cuyos cuernos son mas encorvados, mas inclinados hácia abajo, y casi pendientes; y otras que los tienen

mas rectos, largos y elevados: hay razas enteras de ovejas que tienen cuernos, á veces dos, á veces cuatro etc., y tambien hay razas de vacas, que carecen de ellos enteramente. Estas partes exteriores, y para decirlo así, accesorias al cuerpo de los animales, son tan inconstantes, como el color del pelo, el cual varia, como nadie ignora, y se combina de todos modos en los animales domésticos; y por lo mismo, la diferencia en la figura y direccion de los cuernos, tan ordinaria y frecuente, no debia reputarse por carácter distintivo de las especies: sin embargo, nuestros naturalistas, fundados en este solo carácter han establecido sus especies: y porque Aristóteles, en la indicacion que da del *bonusus*, dice que tiene los cuernos encorvados hácia delante, han separado al *bonusus* de todos los demas bueyes, y formado de él una especie particular, por solo la inspeccion de los cuernos, y sin haber visto nunca el individuo. Finalmente, citamos en orden á esta variacion de los cuernos, en el ganado doméstico, las vacas y los bueyes con preferencia á los toros y moruecos, porque las hembras son aquí mucho mas numerosas que los machos, y porque en todas partes se pueden observar 30 vacas ó 30 ovejas por cada morueco ó cada toro.

La mutilacion de los animales, por la castracion, parece que no perjudica sino al individuo, sin deber influir en la especie: sin embargo, es seguro que este uso reduce por una parte la naturaleza, y por otra la debilita. Un solo macho sentenciado á 30 á 40 hembras no puede dejar de estenuarse sin satisfacerlas, siguiéndose en la cópula un ardor desigual, mas débil en el macho que goza demasadamente, y fuerte en demasia en la hembra, que solo goza un instante: de que resulta que todas las producciones tengan tendencia á las cualidades femeninas: que, siendo el ardor de

la madre, en el momento de la concepcion, mas intenso que el del padre, nazcan mas hembras que machos, y que aun estos participen mas de las cualidades de la madre, que de las del padre; y sin duda por esto nacen mas hembras que varones en los paises en que los hombres tienen gran número de mugeres, en vez de què, donde no les es licito tener mas que una, el varon conserva y realiza su superioridad, produciendo efectivamente mas varones que hembras. Es verdad que en los animales domésticos, se escoge ordinariamente entre los mas hermosos los que se sustraen á la castracion, destinándolos para padres de una generacion numerosa. Las primeras producciones de este macho escogido podian muy bien ser vigorosas y fuertes; pero á fuerza de sacar copias de este mismo y único molde, su impresion se desfigura ó á lo menos no produce la naturaleza en toda su perfeccion, debiendo por consiguiente la raza debilitarse, achicarse y degenerar; y acaso es este el motivo de encontrarse mas mónstruos en los animales domésticos que en los silvestres, en que el número de machos que concurren á la generacion, es tan grande como el de las hembras. Ademas de esto, cuando solo hay un macho para un gran número de hembras, no tienen éstas libertad de consultar su gusto: están privadas de la alegría, los placeres libres y las emociones halagüeñas: falta un principal estímulo en sus amores: su ardor las hace padecer; y se consumen esperando las frias caricias de un macho que no han elegido, que á veces no les conviene, y que siempre las lisongea menos que otro á quien ellas hubiesen preferido. De estos tristes amores, de estas cópulas insulsas, deben nacer producciones igualmente tristes, seres insípidos, que nunca tendrán el valor, la fiereza ni la fuerza que la naturaleza no ha podido propagar en